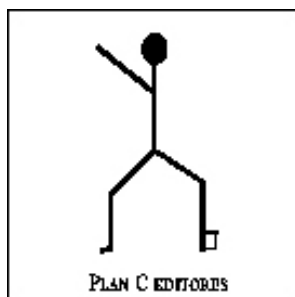


Colección La Mosca Muerta



Joaquín-Armando Chacón

Los días ajenos

(Novelas rotas)

Joaquín-Armando Chacón

Los días ajenos

(Novelas rotas)



LA MOSCA MUERTA

22

México, D. F., 2009

Plan C editores, S.A. de C.V.
Varsovia 57-301
Col. Juárez, C. P. 06600, México, D. F.
Tel. Fax. (55) 5536 0857
Sitio en Internet: <http://planCeditores.com>
Correo electrónico: editor@planceditores.com

1ª edición, México, D. F., 2009
ISBN de la Colección La mosca muerta: 978-968-5395-00-7
ISBN de *Los días ajenos*: 978-968-5395-30-4
© Joaquín-Armando Chacón. Todos los derechos reservados, México, 2009
Número del Registro de derechos de autor: 03-2008-112011215300-01
© Plan C editores, S.A. de C.V., por las características de la edición, todos los derechos reservados, México, 2009
Fotografía de la portada: Vicente Miguel Chacón F.

Prohibida la autorización o reproducción de la obra, por cualquier medio, sin consentimiento por escrito del editor.

HECHO EN MÉXICO / MADE IN MEXICO

Los días ajenos

(Novelas rotas)

Noticia biobibliográfica

JOAQUÍN-ARMANDO CHACÓN nació en la ciudad de Chihuahua, Chih., (febrero, 1944). Ha publicado *Los largos días*, *Las amarras terrestres* (Premio Magda Donato), *El recuento de los daños* (primer Premio internacional Diana-Novedades, el premio Tomás Valles al mérito artístico y, uno de sus capítulos, había recibido anteriormente el Premio Efraín Huerta de cuento).

Otras de sus publicaciones son: *Reencuentros (una antología personal)*, *Ernest Hemingway, la labor de un hombre* y *Antes del ayer* (ensayo); así como los libros de poesía *A la orilla de sí*, *Imágenes y nostalgias* y *Santa Cruz, California y otros poemas*; la obra de teatro *Hijo del Hombre* (finalista del V Premio Internacional Tirso de Molina, España). Participó, también, en la novela colectiva *El hombre equivocado*.

Ha sido director y jefe de redacción de las revistas *Punto de vida*, *México en el arte*, *Diagonales*, *Cultura norte*, *MD en español* (con la que obtuvo el premio al Mérito Editorial de la CANIEM) y *Medicina y cultura*, además de editor de *Punto de partida*. Fue maestro de literatura latinoamericana en el CIDOC de Cuernavaca y escritor invitado de la universidad de California, sede Santa Cruz, donde impartió un curso sobre su obra narrativa.

Parte de su obra ha sido publicada en antologías de México, Estados Unidos, Canadá, Uruguay, Chile, Francia y Rumania.

*Esta colección de relatos cruzados
está dedicada a Annya,
mi primera nieta.*

*También para
Ignacio Trejo Fuentes
y Arturo Trejo Villafuerte.*

*No puedo precisarlo
entre tantas mentiras de los años, la ficción
que llamamos memoria y es olvido que inventa.*
José Emilio Pacheco, CIUDAD DE LA MEMORIA

*El momento presente no se parece a su recuerdo.
El recuerdo no es la negación del olvido.
El recuerdo es una forma de olvido.*
Milan Kundera, LOS TESTAMENTOS TRAICIONADOS

*Capítulo primero: Él era rudo y romántico
como la ciudad que tanto amaba.*
Woody Allen, MANHATTAN

*En cada gran ciudad hay, como se sabe,
una de esas líneas de alta densidad, semejantes
los agujeros negros del espacio, que modifica
la naturaleza de los que la cruzan.*
Tomás Eloy Martínez, EL CANTOR DE TANGOS

*No hay estrellas esta noche, excepto las del recuerdo.
Sin embargo, cuánto lugar hay para el recuerdo
en el flojo cinto de la suave lluvia.*
Hart Crane, EDIFICIOS BLANCOS

La pausa

EL ESCRITOR, a altas horas de la noche, despliega sobre su cuaderno amarillo las naves de los aqueos navegando hacia Troya. Allá, en el refugio de la coraza del amor, Paris y la bella Helena beben la dicha, paladean el placer, mientras Héctor cabalga sus briosos caballos. El mar encrespa sus olas y el viento sopla sobre las mil velas blancas que amenazan al horizonte. Millones de flechas oscurecen la bóveda celeste, los alaridos de guerra vibran hasta el cielo, los dioses acompañan la batalla. Helena y Paris sellan sus labios por última vez y en el momento más encarnizado de la lucha millares de gargantas lanzan su aullido de muerte.

El escritor pone una coma, suspende la narración, no encuentra la siguiente palabra, enciende un cigarro. A su alrededor está todo el silencio del mundo.

Prosperidad

DESPUÉS de muchos años él volvió al sitio donde solían encontrarse y tomó asiento en el mismo lugar en que acostumbraban. Recordó perfectamente la primera cita, así que pidió el mismo aperitivo de aquella vez y ordenó la misma entrada, aquella sopa especial y el plato fuerte.

Al mesero —que era otro, más joven e inquieto— le llamó la atención que desde el inicio el cliente solicitara el postre, sin mirar la gran variedad que tenían, pero él quería que todo fuera igual, quería recordarlo de esa manera.

Casi como al descuido miró los precios y le parecieron muy bajos y sonrió al recordar los apuros de entonces, los trabajos extras para alcanzar esas satisfacciones. Bebió el aperitivo todavía con la sonrisa en los labios, después la sopa le pareció amarga, la carne no tenía el sabor esperado y el postre no era tan dulce como en el recuerdo, incluso el café le desagradó y lo dejó casi intacto.

Al poner la propina sobre la mesa pensó que los buenos tiempos ya habían quedado atrás.

Un hoyo muy profundo

A TRAVÉS de la ventana pudo ver el viejo edificio de enfrente: una pared descolorida con ventanas simples en donde nadie quiere asomarse, una puerta de metal que más bien parece un túnel hacia algo desagradable. En este momento la puerta está abierta y le permite ver al hombre que va saliendo por ella: lleva un traje negro y es casi como una sombra —una sombra guiada por un bastón—. Entonces le surge el tema para que sus pequeñas niñas-alumnas escriban un cuento.

Ellas, sus ojos como gatitos asustados, esperan el siguiente sobresalto.

—Muy bien —les dice—, el cuento va a tratar de un ciego que sale hoy en la mañana de su casa. Fíjense bien: anoche vinieron unos hombres y abrieron una zanja a mitad de la calle, toda la noche trabajaron y dejaron la calle partida. El ciego va a querer cruzar, pues cada mañana desayuna enfrente, en la fonda de enfrente, y no sabe del hoyo. Entonces, al bajar la calle toda la gente se le queda mirando...

En ese momento, en realidad, el hombre del traje negro y bastón está a punto de bajar la banqueta de enfrente. Desde donde él está no puede ver si existe o no una zanja.

El hombre del traje negro baja de la acera.

—...La gente sabe de la zanja —aparta la mirada del viejo: las pequeñas ardillas, las alumnas, ya han comenzado a imaginar al viejo: sus ojos muestran una actitud diferente—, y la gente también sabe, o cree saberlo, que el viejo no tiene idea de ese otro hoyo en el que puede caer...

Una de las ardillas asustadas golpea con un lápiz sobre el escritorio.

Él imagina entonces al viejo caer así: con un golpe corto y rápido.

—Ustedes deben desarrollar esa acción y darle final al cuento.

Intercambia miradas con ellas: una sonríe burlonamente, la otra mira el lápiz inmóvil sobre el escritorio, la tercera mira a todas las demás con nerviosismo, una más espera todavía a que él diga alguna otra palabra, la última no se ha dado cuenta que se ha quedado con la boca abierta.

Él aparta la mirada de ellas y vuelve a dirigirla hacia la ventana: las paredes descoloridas del edificio de enfrente, esas simples ventanas por donde nadie se asoma, una puerta de metal abierta. Imagina al viejo:

El viejo pierde pie y se desploma grotescamente en el hoyo.

El viejo ha caído directamente al hoyo y permanece allí, derrumbado, los lentes rotos sobre su cara, la mano derecha desprendiéndose lentamente del bastón.

El viejo todavía no cae al hoyo, su bastón va tocando con cuidado sobre el pavimento.

El pobre viejo no entiende el porqué de tanto silencio. Piensa fugazmente que anoche no pudo dormir bien, el ruido que provenía desde la calle fue más insoportable que otras noches.

El viejo, como todas las mañanas, viene caminando hacia la acera de enfrente. Como todas las mañanas lo hace erguido, seguro de sí mismo y confiado en que el distintivo de su bastón lo salva del atropello. Es un viejo de setenta y cuatro años que todas las mañanas se dice a sí mismo que ha perdido la vista pero nunca la dignidad.

El final de su bastón le señala un vacío. ¿Qué pasa? En todos estos años nunca ha encontrado una cosa así, el vacío es para él todo lo que no tiene recuerdo y ante eso se siente perdido. Empuja la mano más hacia adelante buscando algo firme. ¿Pero por qué está todo tan en silencio?

Trata de imaginar aquellas cosas que están ocurriendo en la mente de sus queridas erinias mientras comienza a juntar sus libros y notas.

Ha terminado la hora de enseñanza.

Ojalá ellas pudieran pensar, en eso o en cualquier otra cosa.

—Hasta el otro día —se despide de ellas.

Los ojos de ardillas asustadas es lo único que responde a sus palabras.

Bien sabe que aunque no lo quiera va a seguir pensando en ellas, que mañana o cualquier otro día tendrá que presentarse ante el doctor Linares y declararse vencido.

Imagina la sonrisa burlona del doctor Linares, y sus palabras: «Así que usted creía poder conseguir algo por medio de la literatura», dirá el doctor Linares, «no, mi amigo. Ni eso ni nada las salva, son unos desechos humanos. Por eso las tenemos recluidas en ese pabellón. No pierda más su tiempo, todo lo que uno les dice lo olvidan inmediatamente. No hay nada que hacer».